



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 69– 13 de noviembre de 2015

En este número

1. **¿Fue alguna vez Cataluña independiente?**, *Julio Tovar*
2. **El oportunismo naptarra de Geroa Bai (y del PNV)**, *Fernando José Baquero Oroquieta*

¿Fue alguna vez Cataluña independiente?

Julio Tovar

Licenciado en Historia y en periodismo

El ilustrado Voltaire, dueño de un humor cáustico y gran clarividencia, afirmó que Cataluña «es uno de los países más fértiles de la tierra y de los mejor situados. Regada por hermosos ríos, arroyos y fuentes, tanto como la vieja y la nueva Castilla están privadas de ellos, produce todo lo indispensable para las necesidades del hombre y todo lo que puede halagar sus deseos: árboles, granos, frutos y legumbres de todas clases». Lo hizo en la obra histórica *el El Siglo de Luis XIV*, de 1751, donde repasaba el gobierno del Rey Sol que domina más de un siglo de historia de Francia.

El francés también considera con su habitual astucia que «lejos de que la abundancia y las delicias los hayan reblandecido, los habitantes han sido siempre guerreros, y los montañeses, sobre todo, feroces. Pero, a pesar de su valor y de su extremado amor por la libertad, han estado subyugados en todos los tiempos: los conquistaron los romanos, los godos, los vándalos, los sarracenos». Es la misma opinión del historiador Ricardo García Cárcel, el cual considera que «Cataluña nunca ha sido un Estado autónomo. Siempre dependió jurídicamente de otros».

Este juicio, que parece aventurado, tiene una certera representación en la historia: Cataluña en la mayoría de su existencia ha estado vinculada jurídicamente a grandes territorios, existiendo apenas días en los que llegó a ser independiente de verdad. En ese sentido, se debe recordar que el origen de los condados catalanes tiene poco que ver con los Estados modernos, y están vinculados ya desde el inicio a la Monarquía carolingia. Más aún, su pertenencia a la Hispania Romana, donde resulta parte fundamental, se corrobora en todos los textos clásicos (Tito Livio, Estrabón, etc.).

Todos esos estados no pueden ser considerados como «naciones», ya que el término jurídico es inexistente en aquellos tiempos y solo aparece en el léxico común en la Edad Moderna de manera estrictamente cultural. Como afirma con clarividencia Pierre Vilar en su *«Breve Historia de Cataluña: «ante una historia multi milenaria, no debe pronunciarse (o escribirse) con demasiada alegría la palabra nación, ni siquiera la palabra cultura»*. Ahora bien, ¿Cuándo empieza la vinculación del territorio catalán a grandes potencias externas? ¿Fue alguna vez Cataluña independiente del resto de la Hispania o la Galia?

De Roma a los godos

La romanización fue especialmente fuerte en la costa española, en lo que se llamó Hispania Citerior después de la división en el 197 a.C. Los historiadores Roldán Hervás y Wulff Alonso recuerdan como «el propio desarrollo de la conquista marcaba la pauta hacia el valle medio y bajo del Guadalquivir, el curso bajo del Ebro, Cataluña y la costa levantina y meridional mediterránea» en su libro sobre las provincias romanas. Vinculada muy pronto a una unidad hispana, Estrabón la analiza como parte del territorio en su «Geografía». Si bien la existencia de la colonia helena de Ampurias desde 575 a.C. ejerció como núcleo irradiador en toda la Tarraconensis, se vincula étnicamente al grupo ibero. Historiadores nacionalistas como Ferrán Soldevilla vieron las raíces de la «diferencia catalana» en estos contactos previos con los griegos y romanos, pero esto bien podría valer para el fuerte comercio de Gádir con el mediterráneo oriental o la rápida asimilación de la colonia cartaginesa a Roma después de las Guerras Púnicas.

Tanto Tarragona como Barcelona fueron ciudades de gran importancia en los siglos de transición al medioevo. Barcelona llegó a ser la Corte del Rey godo Ataulfo en el 415. Con la caída del Imperio de Occidente, en el 476, los godos consiguen reconocimiento jurídico final en el territorio que se construye entre las actuales España y Francia. Por otra parte, sus choques con los Francos, definitivos en la Batalla de Vouillé (507), harán que se asienten finalmente en Hispania. El hijo del Rey godo derrotado en Vouillé, Gesalico, volverá a establecer la capital en Barcelona, después de la pérdida de Tolosa (la actual Toulouse francesa).

Este reino visigodo, que pronto se centralizará en Toledo (a la mitad del siglo VI), contó siempre con la permanencia de los territorios de la actual Cataluña en el conjunto de Hispania. En los Concilios de Toledo, especialmente el III (en el 589, que da pie a la unidad religiosa y el fin del cisma arriano), están presentes los Obispos de los territorios catalanes. De hecho, en las constantes guerras civiles y el «morbo gótico» la provincia tarraconensis es fundamental en las disputas de poder de los sucesivos reyes góticos. San Isidoro de Sevilla en su *Historia de los Reyes de los Godos, vándalos y suevos* (619) resume cómo los reyes visigodos concebían la Hispania romana como una unidad. De hecho llama a Suintila, que expulsó a Suevos y Bizantinos, Rey de «totius Spaniæ».



Batalla de Vouillé

Una marca para una guerra

Con la derrota de los visigodos en Guadalete, en el 711, comenzó de manera progresiva la toma de la península ibérica por los árabes. Aunque fue una conquista relativamente rápida, la provincia al norte de los pirineos, la septimania, no caerá hasta el 719. Allí comienza una guerra constante, permanente, entre los condes góticos resistentes, las expediciones de los francos y las invasiones islámicas. La derrota de los musulmanes en Poitiers, 732, liberará la zona de la presión desde Hispania. De hecho, por las grandes cantidades de población visigoda exiliada después de la invasión musulmana septimania será conocida como «Gothia».

A finales del siglo VIII, con el apogeo del Imperio Franco de Carlomagno, se buscará intervenir en

la península reconquistando territorios y erigiendo condados dependientes jurídicamente del soberano. Esto era una marca, que en terminología medieval suponen los territorios de frontera dependientes de un defensor, pero que teóricamente responden a un soberano. Con la septimania liberada ya, se reconquistará Gerona en el 785 y Barcelona en el 801. Es el origen de la «Marca Hispánica», marasmo de condes francos y visigodos que servían como limes frente a los musulmanes.

Aunque muchos historiadores nacionalistas ven el origen de Cataluña en estas conquistas, la «Marca» alcanzaba originariamente Pamplona al oeste, e incluía Aragón. El historiador José Antonio Maravall dejó claro que ha creado «en los historiadores posteriores el hábito de aceptar la visión de la pretendida Marca Hispánica como si fuese un departamento organizado de un Estado administrativo de nuestros días. Marca Hispánica no es, consiguiente, un nombre de país, menos aún el nombre de una región constituida como una parte del Reino franco». De hecho el propio nombre fue popularizado por el intelectual francés Pierre de la Marca en tiempos de Luis XIV en su obra *Marca hispanica sive limes hispanicus*. ¿Su objetivo? Justificar la anexión al Reino de Francia de los condados catalanes en el siglo XVII. Difusa justificación para considerar un territorio de frontera dependiente del Emperador de Occidente como la primera Cataluña.

Además, la aplicación de viejo código visigodo, el *Liber Judiciorum*, es fundamental para entender la vinculación de Cataluña al resto de la antigua Hispania. Los carolingios mantuvieron, como afirma Emilio Mitre Fernández, la jurisdicción concedores que esta provincia pertenecía a la antigua jurisdicción hispana. De hecho, este código estuvo menos aplicado en otras regiones occidentales como Castilla, que se independizó pronto de las viejas leyes visigodas que defendía el reino de León, como bien estudió Claudio Sánchez Albornoz en su obra historiográfica.

Juego de tronos

La independencia «mitológica» de Cataluña procede de Wifredo el Velloso, que transmitió en el 897 el condado a su hijo. Se consideraba que estos territorios, alodiales y vinculados a una marca, no podían transmitirse. Ahora bien, no existe ningún documento que acredite una desvinculación de esos condados, que comienza a dominar Barcelona, jurídicamente a Francia. Uno de sus sucesores, Borrell II, fue más audaz y se declaró vasallo del 950 al 966 del Califa de Córdoba, Alhakén II. Estamos hablando en este tiempo del apogeo del califato, que atemorizaba a media España, y es entendible que pretendiera la paz con los belicosos musulmanes. No serviría de mucho: los condados serían igualmente arrasados por Almanzor a finales del siglo X. Esto llevó a que pretendiera jurar fidelidad a Hugo Capeto, que le pidió homenaje en Aquitania.

En este limbo jurídico, los condados catalanes, todavía débiles, se vincularon dinásticamente con el resto de reinos hispanos. Acabarán en la órbita de Aragón, con Alfonso II, a través del matrimonio de Petronila y Ramón Berenguer IV (1150). Poco antes, con la coronación de Alfonso VII de Castilla, el 26 de mayo de 1135, el conde de Barcelona reconocía al Rey de Castilla como «Imperator Totius Hispaniae» asistiendo a la ceremonia. De hecho, el conflicto dinástico entre los herederos del propio Conde se dirimió ante el soberano de Castilla. Demasiados rasgos de dependencia para hablar de un Estado «independiente».

Con su alianza dinástica a Aragón, que sirvió como escudo al viejo vasallaje de Francia, acabará en el siglo XV con su unión a la dinastía castellana. Es el conocido como el Compromiso de Caspe, de 1412, cuando Fernando de Antequera ascendió al Trono de Aragón. Otro hecho «mitológico» para el nacionalismo, Vicent Vives consideró que esta unión dinástica, que acabará después de los Reyes Católicos, fue beneficiosa para las dos Coronas. Castilla se benefició del «sentido utilitarista de la burguesía catalana» mientras que Cataluña conservó sus propias leyes. Estas sería el motivo de disputa en los siglos subsiguientes.

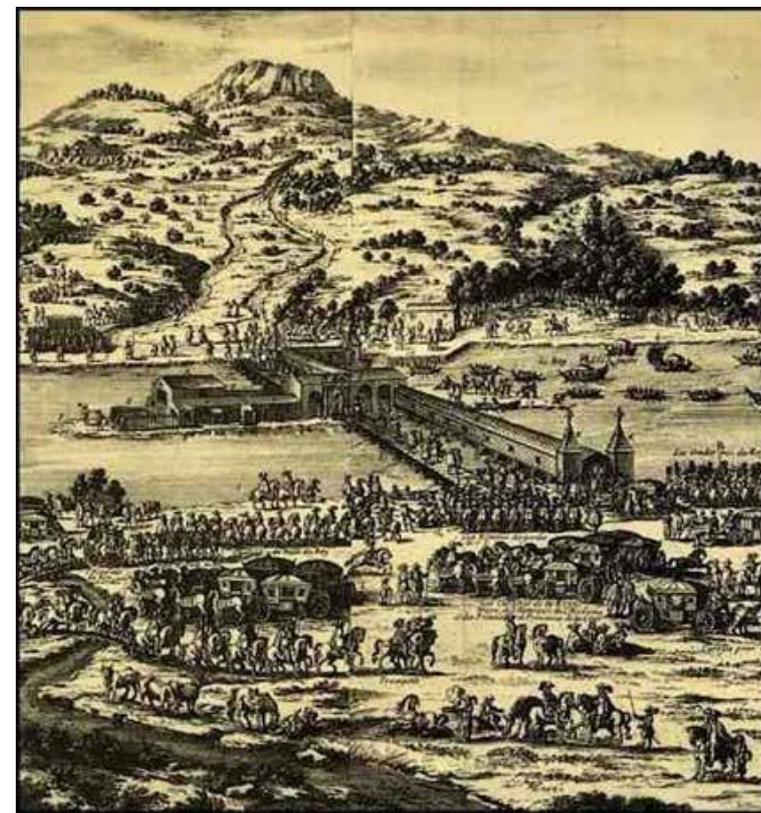
Austrias y Borbones

Los Reyes Católicos, con su boda en 1469, unificaron dinásticamente el país y crearon una política exterior común. La legislación diversa entre los reinos se mantuvo, aunque Fernando pudo resolver pleitos en el principado como los «mals usos», los malos usos, que permitían según la jurisdicción catalana la usurpación de bienes e incluso el maltrato del señor a su vasallo. A lo largo de los Austrias mayores, Cataluña no tuvo problemas mayores con la Monarquía Hispánica, que la reconoció su legislación y jurisdicción. Aragón veía cobrar importancia a Valencia, mientras que Cataluña todavía se recuperaba demográficamente de la Baja Edad Media. Recuerda el medievalista Sánchez Albornoz en su testamento político que «sin el sostén bélico y fiscal de la Corona castellana, Cataluña habría sucumbido ante sus dos enemigos aliados (La Francia de los Valois y los Turcos)».

El siglo XVII, con la crisis política y económica de este periodo, verá la única oportunidad donde Cataluña llegó a ser independiente: el año 1641. La guerra de la Monarquía Hispánica contra el Reino de Francia, que tuvo como frontera a Cataluña, derivó en un conflicto local donde el Conde-Duque de Olivares abusó de su «despotismo» en palabras de Voltaire. Su proyecto de Unión de Armas quería hacer contribuir a todos los Reinos en dinero y soldados, pero se encontró con una feroz resistencia en Cataluña, a la que se le exigió un número de tributos y

soldados excesivo, con un censo inflado de creer al historiador británico John H. Elliott. El historiador también anglosajón Henry Kamen ha estudiado cómo en este periodo comienza una gran comunicación entre Francia y Cataluña, con frecuentes migraciones en la zona del Rosellón.

Los sucesos fueron muy rápidos: en 1635 Francia ataca a los Habsburgo temerosa de su poder en Europa. España y el Imperio resisten bien el primer envite, pero la guerra acaba en un sinfín de sitios en los Pirineos y Flandes entre las dos alianzas. En medio de esa guerra, Olivares exigió a los catalanes que acogieran a los soldados de los Tercios. El Virrey Santa Coloma dejó clara la posición del Rey Felipe IV ante los catalanes «Cataluña es una provincia que no hay Rey en el mundo que tenga otra iguala ella. Ha de tener Rey y señores, pero que a estos señores no les han de hacer ningún servicio, ni aquel que es necesario precisamente para la



Tratado de los Pirineos

conservación de ella. Que este Rey, y este señor, no ha de poder hacer ninguna cosa en ella cuantas quisiera, y lo que es más, ni de cuantas conviniere».

En medio de una crisis económica, sin comunicación de comercio con Francia –esencial– por los edictos de 1635 y 1638, estas medidas derivaron en la revuelta total. En mayo de 1640 el Corpus acaba con los campesinos catalanes enfrentándose a los tercios. En junio entran en Barcelona y asesinan al Virrey Santa Coloma. Pau Claris, clérigo que domina la Generalidad, proclama por primera vez y última la independencia catalana: el 17 de enero de 1641. No dominaba todo el principado, dividido entre los Reinos de España y Francia. El 23 de enero, instigado por

Richelieu, entregará la soberanía a Luis XIII de Francia. La independencia no llegó a durar una semana. Cataluña estará vinculada al Reino de Francia desde 1641 hasta el Tratado de los Pirineos, en 1659. Perderá en ese tratado el Rosellón y la parte norte de la Cerdaña. Esa zona, afirma Kamen, estaba ya muy afrancesada demográficamente.

La dominación francesa, mucho más dura y absoluta que la hispana, provocó varias revueltas en el Rosellón. Estos hechos fueron claves, posteriormente, en la guerra de sucesión al trono de España: suerte de contienda civil entre Felipe de Borbón y Carlos de Habsburgo con una vertiente mucho más dinástica que nacional (existieron cientos de austracistas en la Corona de Aragón y borbónicos en Castilla). La traición de las autoridades catalanas a Felipe V, al que juraron, provocó los Decretos de Nueva Planta, de 1707 a 1716 que unieron legislativamente los reinos como racionalización legislativa y que acabó con las constituciones catalanas.

En la épica defensa de Barcelona en esta guerra, que ha construido el imaginario del nacionalismo, la llamada a la defensa de la ciudad afirmaba que lo hacía por «por su Rey, por su honor, por la Patria y por la libertad de toda España». Resulta difícil de pensar en manifiesto menos independentista.

Revolución y federalismo

En los tiempos modernos, con la Monarquía unificada, Cataluña no intervino en apenas asonada autonomista. Existió un «Memorial de Agravios» de 1760, por el cual se pretendía la vuelta a las viejas constituciones de Aragón, pero apenas encontró eco tanto en la población como en el Rey Carlos III. Cataluña fue gobernada por un Capitán General en los primeros años, luego de la resistencia feroz al nuevo modelo legal de la dinastía Borbón. Pero hubo de ser Napoleón quién la desgajara de España en su invasión, aunque se enfrentó a la propia resistencia de la población y su aceptación de la Constitución de Cádiz, en 1812. La única pervivencia de los viejos usos catalanes será en las guerras entre legitimistas (carlistas) y liberales, teniendo los primeros gran apogeo en la Cataluña rural.

La revolución de 1868, con la República de 1873, será el primer pistoletazo de salida del autonomismo catalán. El ideario de este, fuertemente federal y españolista a su manera, se resume en *Las Nacionalidades* de Francisco Pi i Margall: «La federación es, pues, el mejor medio no solo para determinar y constituir las nacionalidades, sino también para asegurar en cada una la libertad y el orden y levantar sobre todos un poder que, sin menoscabarles en nada la autonomía, corte las diferencias que podría llevarlas a la guerra y conozca de los intereses que les son comunes»

La revolución cantonal del 73, donde el federalismo fue «enterrado» de creer al republicano Emilio Castelar, acabará con cualquier ideal autonomista a corto plazo. De manera interesante, los disturbios en Cataluña no fueron decisivos como en el País Vasco o el Levante del país.

A lo largo de este final del siglo XIX, aunque se data ya de 1833, la llamada *Renaixença* va a hacer sobrevivir el idioma catalán y las tradiciones del país. Gracias a historiadores románticos y nacionalistas como Torres Amat o Bofarull i Mascaró se construirá un imaginario de mitos sobre el pasado de Cataluña, donde se extirpará todas las conexiones del país con España. Las Bases de Manresa, en 1892, serán su proyecto político fuertemente inspirado en el nacionalismo alemán más conservador que vincula la lengua a la política. Valentí Almirall será el hombre clave en virar del federalismo al primer catalanismo, muy alejado del ideal internacionalista de Proudhon, base de las ideas de Pi y Margall.

Una nación para una clase social

La crisis de los partidos dinásticos en Cataluña, estudiada por Javier Tusell y otros autores, acabará con la sustitución en la Restauración de estos por fuerzas en inicio regionalistas y por último nacionalistas. Se cita, principalmente, a Prat de la Riba como instigador, pero el verdadero gran hombre en la sombra será Francesc Cambó. Entre la autonomía y el gobierno

central, entre Cataluña y España, su política de doble juego conseguirá a través de hechos audaces la mancomunidad catalana de Alfonso XIII en 1914. Hizo en sus «Memorias» el mejor resumen sobre el ascenso nacionalista en estos años: «Diversos hechos ayudaron a la rápida difusión del catalanismo. La pérdida de las colonias, después de una sucesión de desastres, provocó un inmenso desprestigio del Estado. El rápido enriquecimiento de Cataluña, fomentado por el gran número de capitales que se repatriaban de las colonias perdidas, dio a los catalanes el orgullo de las riquezas improvisadas, cosa que les hizo propicios a la acción de nuestra propaganda dirigida a deprimir el Estado español y a exaltar las virtudes y merecimientos de la Cataluña pasada, presente y futura»

No se debe olvidar, afirma García-Cárcel, que el nacionalismo tuvo un marcado carácter de clase en aquellos años. Recuerda el historiador, como también citaba Pierre Vilar, que «la burguesía catalana solía demandar a la autoridad estatal resolver sus problemas sociales». De hecho las



Francesc Macià proclama la república desde el balcón de la Generalidad

clases populares, de origen hispano, solían ser ferozmente anti nacionalistas, cosa que supo utilizar Lerroux en su etapa de «Emperador del Paralelo». Muchas de estas clases populares derivaron en la CNT, fortísima en Barcelona, o movimientos populares de izquierda socialista.

La II República, por último, verá las últimas asonadas de Cataluña a favor de su independencia: en 1931 Francesc Macià proclamó el 14 de abril de 1931 «la República Catalana como Estado integrante de la Federación Ibérica». Los ecos de Pi y Margall son, de

nuevo, inconfundibles en el texto del viejo militar. La sustitución de los viejos partidos nacionalistas por la Esquerra, más combativa, se concretarán especialmente en su apoyo al golpe y revolución de 1934. Esta será la segunda «independencia» de Cataluña más conocida.

Después de mantener a lo largo de esta primera semana posiciones ambivalentes con Alcalá-Zamora, presidente de la II República, Companys se unirá a la revuelta de las izquierdas en este mes. Se temía un golpe ultraconservador ante la entrada de los ministros de la CEDA, pero autores como Stanley G. Payne demuestran que la intentona tuvo mucho de «revolución» preparada largos meses antes. Lo interesante es que Companys, que rompió con la legalidad republicana, no llegó a declarar la independencia total de Cataluña y afirmó de nuevo en el balcón de la Generalidad: «En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido asume todas las facultades del Poder en Cataluña, proclama el Estado Catalán de la República Federal Española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el gobierno provisional de la República»

Otra vez rasgos del viejo federalismo resuenan en la pieza del político nacionalista. La intentona se saldó con la muerte 46 personas, entre mozos de Escuadra y militares, y con medio gobierno de la Generalidad huyendo por las alcantarillas. Josep Pla ironizó de manera maliciosa en sus

Crónicas Parlamentarias de «La Veu de Catalunya» sobre los hechos de 1934, que consideró en gran parte una «opereta». Habla de cómo todo en este periodo se construye a través de «desbordamientos»: Dencàs, político de izquierda, superando a Companys y Largo Caballero haciéndolo con Besteiro, en el PSOE.

El carácter «teatral» de estos actos llevan a la cita de Marx en su clásico texto sobre el 18 Brumario. En este, refiriéndose al golpe de Napoleón III, considera que los hechos se repiten «una vez como tragedia y la otra como farsa». Estos hechos bien valdrían para el eclesiástico Pau Claris y el político Lluís Companys.

En el mundo, pero fuera de él

Cataluña, en definitiva, no ha llegado a ser más que independiente una semana de 1641. Su carácter jurídico particular, sus vinculaciones permanentes con los territorios colindantes, hacen imposible hablar de un Estado propio e independiente fuera de otros poderes. Más aún, esta legislación si bien sirvió para evitar abusos del despotismo, como afirman de manera permanente los historiadores propios del nacionalismo, encarceló también al país en unas estructuras sociales obsoletas para la época moderna, como bien vio Vicent Vives en su obra historiográfica. Fue esa tensión la que le hizo afirmar a Quevedo que los catalanes son: «Libres con señor; por esto el conde de Barcelona no es dignidad, sino vocábulo y voz desnuda. Tienen príncipe como el cuerpo alma para vivir y como éste alega contra la razón apetitos y vicios, aquéllos contra la razón de su señor alegan privilegios y fueros. Dicen que tienen Conde, como el que dice que tiene tantos años, teniéndole los años a él».

O de manera más maliciosa y corta, como es habitual en él, Voltaire resume todo en este célebre aforismo: «Cataluña, en fin, puede prescindir del universo entero, y sus vecinos no pueden prescindir de ella».

El oportunismo napartarra de Geroa Bai (y del PNV)

Fernando José Vaquero Oroquieta

Las dos fuerzas separatistas panvasquistas que han copado el poder político navarro, tras la debacle electoral de PPN, UPN, Ciudadanos y PSN-PSOE, acaecida el pasado 24 de mayo, vienen repartiéndose, conforme su propio temperamento táctico, el trabajo que precisa su rupturista e insolidario proyecto que denominan eufemísticamente «construcción nacional vasca».

Geroa Bai, desde entonces, viene cumpliendo el rol del «poli bueno»: tranquiliza a los empresarios, trata de contemporizar con algunas víctimas del terrorismo, se empeña en mostrar un perfil supuestamente «profesional» de su gestión pública, y asegura que aplazará (de manera indeterminada en tiempos y modos) la inevitable confrontación que la intentona de unión de Navarra con Euskadi provocaría; fase inevitable en la edificación de la Euskal Herria de sus sueños y pesadillas.

EH Bildu, por su parte, se comporta con impaciencia y sin complejos: ikurriñas a la menor ocasión, palos en las ruedas de las entidades percibidas como enemigas (recuérdese la frustrada exposición en Pamplona de la Policía Nacional sobre su lucha contra el terrorismo), toques de atención al Gobierno central (por ejemplo, reclamando más competencias para la Policía Foral y la correspondiente disminución de efectivos de los otros contingentes de Fuerzas de Seguridad del Estado), politización de los Civiox (centro culturales de los barrios pamploneses), el *Gara* en las bibliotecas públicas, barra libre para los mal llamados «organismos populares» (véase el reciente desarrollo de San Fermín de Aldapa 2015), etc.

Pero, a pesar de este reparto de funciones, y al igual que en la vecina Comunidad Autónoma Vasca, ambas formaciones pugnarán de nuevo por el liderazgo del conjunto del separatismo

panvasquista; por lo que en breve se conocerán otras iniciativas «a la catalana» en Vitoria y, ulteriormente, también en Pamplona.

Geroa Bai ya está jugando, en Navarra, el mismo papel que el PNV en la comunidad vecina: moderación en las formas, magníficas relaciones con los «poderes fácticos», modulación táctica, elaboración de un estudiado neolenguaje político (por ejemplo, el reciente concepto –desmontado por Ernesto Ladrón de Guevarra en esta publicación– acuñado por Urkullu de «Nación Foral»); un partido «de orden», en suma. Pero existe una gran diferencia: Geroa Bai no es el PNV... de Euskadi. El PNV real de Navarra es minúsculo, aunque cuente con una personalidad de enorme relevancia táctica como es Manu Aierdi. De hecho, difícilmente superará un par de centenares de afiliados. Hoy, el peso de Geroa Bai recae en los llamados «independientes», en su mayor parte viejos supervivientes de múltiples aventuras frustradas en la periferia de ETA: Euskadiko Ezkerra, su caricatura de Euskal Ezkerra, aquel amago tan lejano ya de Auzolan, sujetos descontentos con la deriva de Eusko Alkartasuna... Mucha autonomía, la de estos «independientes», y muy marcados y peculiares sus temperamentos respectivos. Así, ¿qué une al ex-etarra Bixente Serrano Izko con el universitario Gregorio Monreal o el superguay Koldo Martínez? Pues dos cosas: la ambición de poder y su panvasquismo irreductible.



Pero con semejantes mimbres no se construye un partido: de ahí que esta estructura, más o menos formal de los «independientes», sea una realidad a extinguir; por lo que Geroa Bai, en su actual configuración, es un instrumento con fecha de caducidad y, en cualquier caso, al servicio de la estrategia global de un PNV... casi inexistente en Navarra.

Pero el PNV siempre es mucho PNV, por lo que cuenta con una formidable experiencia sobre el terreno: extendiendo redes clientelares, ganando voluntades, captando «moderados» en busca de resguardo, financiando medios de comunicación afines...; recuérdese el caso de su penetración en Álava, en que se empleó a fondo sin escatimar recursos de todo tipo.

El futuro de Geroa Bai pasa, inevitablemente, en el plano orgánico, por un discreto crecimiento cualitativo y cuantitativo del PNV navarro y su convergencia estratégica con el PNV de la comunidad vecina; de modo que el poder decisorio de sus «independientes» será laminado progresivamente. Por lo que se refiere a la imagen pública, su labor institucional, y propaganda

política y mediática, ese futuro pasa por su «navarrización».

De momento Uxue Barcos ha alejado el fantasma de una inmediata confrontación plebiscitaria o similar; insiste en que se distinguirá por una gestión transparente e inclusiva (¡y se esfuerza por creérselo!); asegura que expresará el Concierto Económico; quiere potenciar a la Policía Foral; ya ha estrechado lazos –normalizado, conforme su jerga propagandística– con la Comunidad Autónoma Vasca mediante la visita a Pamplona de Urkullu (no al revés, ojo al dato) y manifiesta querer hacerlo igualmente con Aquitania; y como elemento simbólico muy relevante, oficializará el Himno de Navarra (por medio de una Ley de Símbolos que introducirá de paso trascendentales cambios a corto plazo en el espacio público). Así, en una primera lectura, además de perseguir un efecto tranquilizador, se percibe en todo ello un cierto aroma casi navarrista. Más bien, aclaremos, que se trata de un viejo barniz *napartarra*. Un efluvio que, en el caso de los barnices, siempre es narcotizador... y peligroso.

Muchos años después de que con ese nombre viera la luz un semanario editado por el PNV a partir de 1911, recuérdese que el de *napartarra* es un descalificativo empleado en el entorno del centro-derecha contra actitudes o comportamientos acomplejados de personalidades navarristas cuyo horizonte político –ante un panvasquismo en continuo avance– se limitaría al territorio de la Comunidad Foral, despegándose afectivamente de lo que significó, significa y bien pudiera significar España. O las Españas, según se mire.

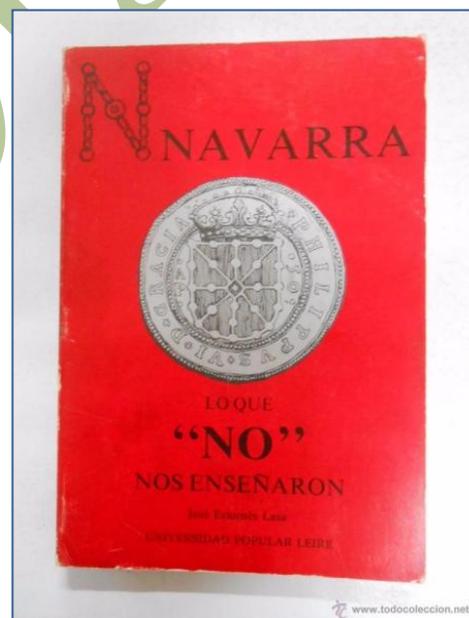
Pero la tentación *napartarra*, que ha revestido varias expresiones a lo largo de su peculiar historia, no es de hoy. Ya en el pasado siglo, hacia 1980, surgió un minúsculo *Napartarra* - Partido Nacionalista Navarro, siendo su principal inspirador intelectual el ilustre roncalés José Estornés Lasa, ex-militante del PNV. Su teoría era sencilla u sugestiva: Navarra, quien fuera Nación y Estado en tiempos de García V el de Nájera, tendría el derecho a reconstituirse; de modo que la dialéctica Navarra/Euskadi carecería de sentido alguno desde esta peculiar mirada historicista. En cualquier caso, aunque los ingredientes de la purrusalda se incorporen al guiso en orden diverso, el resultado suele ser más o menos parecido: que entren los navarros en Euskadi, o los vascos en Navarra, la suma es la misma.

De aquel intento apenas pervive alguna recóndita reseña periodística, ciertos libros (caso de *Navarra, lo que «no» nos enseñaron*, de José Estornés, Universidad Popular Leire, Pamplona, 1981), y el sueño roto de una par de docenas de visionarios. Sin embargo, algún interés tendría esta perspectiva, hasta el punto de que en abril de 2007 un *Alderdi Napartarra* fue registrado legalmente por miembros de Aralar –la entidad fundada por Patxi Zabaleta hoy en HB Bildu– tanto en Navarra como en la Comunidad Autónoma Vasca. El último militante *napartarra* vivo, casualmente un octogenario afiliado a esa formación separatista, habría cedido la «marca».

Recientemente se retomó esta aventura de la mano de otros protagonistas más jóvenes, con otros ropajes, y en una coyuntura muy distinta; pero, al igual que en el caso anterior, sin espacio político alguno: Libertad Navarra-*Libertate Nafarra*, candidatura encabezada por Mikel Iriarte Galán en las elecciones forales de 2015 que obtuvo 995 votos, inspirada por el autor Tomás Urzainqui. Sus propósitos: «recuperar el Estado navarro, superando la conquista, la polarización identitaria y las fronteras que nos dividen». ¿A que suena bien?

En cualquier caso, la vía *napartarra* carece de futuro como partido político: eso ya está demostrado por la Historia. Pero otra cosa es que una vulgata doctrinaria-sentimental de la misma pueda ser esgrimida, como una opción táctica transitoria, por el PNV en su intento de atraer «moderados», oportunistas... y algún que otro desengañado de un navarrismo «oficial» de UPN en plena retirada y desconcierto. Pues, presentándose como «partido de masas», según viene afirmando Javier Marcotegui estos días en diversos medios de comunicación, ¿cómo explicar que de 3.700 afiliados únicamente 1.316 ejercieran su derecho al voto en la Asamblea del pasado 27 de septiembre? ¿Desmoralización?, ¿escaso espíritu militante?, ¿datos numéricos no actualizados?, ¿la convicción desmovilizadora de un próximo y más relevante congreso del partido?, ¿falta de tirón de los candidatos...? Seguramente, un poco –o mucho, según se mire– de todo ello.

Ciertamente, saltar del navarrismo al nacionalismo separatista no es fácil de explicar. No en vano, existe una línea roja que transgredir, una barrera psicológica e ideológica que pasa por el apego a España. Pero, dado que, aparentemente, España no presenta «un proyecto sugestivo de vida en común», al decir de Ortega, es natural que semejante carencia sea cubierta por otros –



incluso– antagónicos: el de los *Països Catalans*, Euskal Herria, la confederación ibérica *podemita*...

Para cualquier constitucionalista que se precie –o españolista, unionista, patriota, o como se quiere denominar cada uno– romper con ese bagaje histórico, cultural, humano y moral, recalando en cualquier separatismo, no parece factible; según veíamos. No obstante, para acomodaticios, tibios y cuantos sitúan su patria en el dinero o, incluso, en el Reino de los Cielos, la vía *napartarra* proporciona un «relato», una transición, un enganche a otro proyecto –la Euskal Herria del PNV– que, de momento, oferta la ilusión de un porvenir radiante... acorde además a sus personalísimos intereses. También a los oportunistas y cobardes.

Si España persiste en no presentar ningún reclamo ilusionante para las generaciones operativas hoy en la piel de toro, los separatistas de todos los colores y matices seguirán avanzando con vigor y audacia. Por sus propias capacidades, que son muchas y variadas, pero también por incomparecencia del adversario. Y si la navarridad españolista se achica, en cualesquiera de los sentidos del término (cuantitativa, cualitativa, moral y comunitariamente), el panvasquismo seguirá creciendo –entre quienes hayan borrado de sus almas la tradición y experiencia españolas– y el constructo *napartarra* posibilitará una vía transitable para el acomodo a «los nuevos tiempos» de temperamentos menos aguerridos a la par de templados por el supuesto pragmatismo navarro.

Y, ahora, seguro que se preguntará, amable lector: pero, todo lo anterior, ¿es un ejercicio de anticipación o de política-ficción? La respuesta la obtendremos, con toda seguridad, a lo largo de la actual legislatura. Y más pronto que tarde.

Tomado de *La Tribuna del País Vasco*

ESPER